



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: inglés.]

Meditación

Miércoles, 7 de octubre de 2026

R. Hna. Helen Alford, O.P.

Introducción

En el centro de su Mensaje del 19 de marzo, que nos ha reunido hoy aquí, el Papa León nos invita a «servir a la misión de proclamar el Evangelio de la familia a las generaciones más jóvenes». Por eso, me gustaría comenzar estas reflexiones con una pequeña historia real, que me contó un párroco aquí en Roma, y que tal vez pueda ilustrar, de alguna manera, el «Evangelio de la familia».

Una tarde, una madre y un padre paseaban con su hijo a orillas del lago Trasimeno, que no está lejos de Asís, la tierra del *Poverello*, cuyo 800º aniversario de la muerte tenemos la alegría de celebrar en estos días.

Los dos padres habían estado pensando que ya era hora de empezar a hablarle a su hijo pequeño sobre Dios.

Así que, mirando hacia el cielo del atardecer, comenzaron una conversación con él.

«¿Quién crees que está allá arriba, en los cielos?», le preguntaron. Él pensó un poco y luego dijo: «Los pájaros». «Sí, sí», respondieron ellos, «pero ¿quién más?». Pensó un poco más y luego dijo: «El sol», seguido de «la luna» y «las estrellas», mientras sus padres seguían animándolo a dar más respuestas.

Al final, le dijeron: «Pero, ¿no crees que Dios también está en los cielos?», a lo que él respondió, con bastante firmeza: «Ah, no, no. Dios está aquí, con nosotros».

¡Quizás podamos ver aquí un ejemplo de cómo las generaciones más jóvenes nos proclaman el Evangelio de la familia!

Proclamar el Evangelio de - y para - la familia

Un poco más adelante en el mismo Mensaje que acabamos de citar, el Papa León nos anima a «proceder, en la escucha recíproca, a un discernimiento sinodal sobre los pasos a dar para anunciar

el Evangelio a las familias de hoy». En este encuentro, por lo tanto, estamos llamados a anunciar el Evangelio tanto de las familias como a las familias.

Detengámonos un momento sobre este punto.

Esto implica que la familia es una parte esencial de la proclamación del Evangelio. La familia no solo proclama activamente el Evangelio, sino que también necesita recibir la proclamación del Evangelio.

¿Cuántos de los que estamos aquí hoy hemos recibido por primera vez la Buena Noticia proclamada por Cristo a través de nuestras familias? Conmigo fue así. Papa Francisco describe la poderosa irradiación espiritual y social que la vida familiar puede tener en el mundo que la rodea, proclamando verdaderamente el Evangelio: «Cuando la familia acoge y sale hacia los demás, especialmente hacia los pobres y abandonados, es “símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia”. El amor social, reflejo de la Trinidad, es en realidad lo que unifica el sentido espiritual de la familia y su misión fuera de sí, porque hace presente el *kerygma* con todas sus exigencias comunitarias. La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo» (AL 324).

Al mismo tiempo, muchas familias en situaciones de sufrimiento y necesidad podrían obtener una gran ayuda para afrontar sus pruebas al escuchar la Buena Noticia que se les proclama, al recibir la nueva perspectiva que el Evangelio nos brinda sobre la vida y, con ello, la gracia de los sacramentos. Las presiones mismas, así como las tensiones y fracturas de la vida familiar, pueden soportarse con mayor fortaleza y con la esperanza de que puedan superarse uniéndolas a los sufrimientos de Cristo. Como dice Papa Francisco: «En los momentos más oscuros de la vida familiar, la unión con Jesús en su abandono puede ayudar a evitar la ruptura» (AL 317).

Papa León nos brinda una ulterior ayuda para reflexionar sobre el Evangelio de y para la familia cuando dice en su Mensaje: «debemos aprender a evocar la belleza de la vocación al matrimonio precisamente en el reconocimiento de la fragilidad, a fin de reavivar “la confianza en la gracia de Dios” (AL, 36) y el anhelo cristiano de santidad». La belleza de la vocación al matrimonio se encuentra a través de, con y en su fragilidad, sobre todo porque la debilidad puede reavivar la confianza en Dios, y la confianza en Dios despierta el deseo de santidad.

Esto es, en pocas palabras, el Evangelio de y para la familia del que estamos hablando.

Jesús se encuentra con la mujer samaritana

De esta manera, belleza y fragilidad coexisten en el Evangelio de la familia que estamos llamados a proclamar a las generaciones más jóvenes, tal como ocurre en el Evangelio de Juan, donde Jesús se encuentra con la mujer samaritana.

En este extraordinario encuentro, en el momento más caluroso del día, Jesús le pide de beber a una mujer que ha venido al pozo. Si no se encontrara en una situación familiar frágil e irregular — como se confirma más adelante —, no estaría allí, por lo que este encuentro nunca habría tenido

lugar. Habría venido en un momento más fresco del día, junto con las otras mujeres. Del mismo modo, Jesús, como hombre y judío, no debería estar hablando con ella. Por el contexto geográfico y social, cualquier hombre judío normal sabría que ella era samaritana y, casi con toda seguridad, una mujer de mala reputación.

Todavía, Jesús le pide de beber, lo que pone en marcha una asombrosa secuencia de acontecimientos en la que Jesús afirma abiertamente, por primera vez en el Evangelio de Juan, que él es el Mesías, y que termina con la mujer anónima convirtiéndose no solo en la primera evangelizadora pública, sino también, a pesar de su mala reputación —y tal vez precisamente por eso—, en una evangelizadora muy eficaz. Difícilmente se podría imaginar una historia más relacionada con la proclamación del Evangelio para y a través de una persona en una situación familiar frágil, con toda la belleza que esta historia encierra.

Uno de mis hermanos dominicos presenta esta historia como el modelo básico o paradigma de evangelización para la Iglesia.¹ Él identifica cuatro etapas en ella, argumentando que todas son importantes, así como el orden de las mismas.

De manera un tanto provocativa (pero creo que es una provocación útil), llama a la primera etapa «coqueteo»: una conversación entre una mujer y un hombre que están ambos solos. Jesús toma las riendas de la conversación y la transforma gradualmente, a través de sus preguntas, en una reflexión sobre la felicidad y la plenitud humanas. Sin embargo, durante mucho tiempo persiste una ambigüedad: da la impresión de que las mismas palabras significan cosas diferentes para Jesús y para la mujer samaritana. Solo cuando la mujer samaritana parece «conquistada» por Jesús, es decir, cuando le dice: «Señor, dame de esa agua, y así ya no sufriré la sed ni tendré que volver aquí a sacar agua» (Jn 4,15), es que Jesús inicia la segunda etapa, que Paluch denomina «el enfrentamiento de la mujer samaritana con la verdad». Jesús le dice: «Vete, llama a tu marido y vuelve acá»; ella responde, con sinceridad: «No tengo marido», a lo que él replica: «Has dicho bien que no tienes marido, pues has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido» (Jn 4,16-18). Paluch dice a propósito de esta segunda etapa: «A través de esta operación dolorosa, la mujer samaritana comienza poco a poco a comprender que el hombre con quien se ha encontrado no se parece en nada a los demás, que esta vez, a diferencia de lo que podría haber parecido al principio, este hombre no está simplemente coqueteando»; a este punto ella le dice: «Señor, veo que eres profeta» (Jn 4,19). Esto conduce entonces a la tercera etapa —una breve catequesis—, una conversación sobre la verdadera adoración que lleva a Jesús a revelar su identidad. Ella le dice: «Yo sé que el Mesías (que es el Cristo), está por venir», a lo que él responde: «Ese soy yo, el que habla contigo» (Jn 4, 25-26). Así, toda la historia queda coronada por la cuarta etapa: el regreso de la mujer al pueblo de donde vino, donde se siente impulsada a compartir con los

¹ El siguiente análisis de este texto del Evangelio de Juan se basa en las páginas 208-211 de la siguiente publicación: H. Alford y M. Paluch (2026), «Journeying to the Source. A Global Vision of Evangelization», en P. Ackerman et al. (eds.), *Religion, Society and Secularization*, Actas de la 15.ª Conferencia Internacional del Instituto Verbiest de la KU Leuven, Instituto Ferdinand Verbiest de Estudios Sino-Mongoles, KU Leuven, pp. 201-215.

demás habitantes lo que le ha sucedido, y se nos dice: «Muchos samaritanos de aquel pueblo creyeron en él por las palabras de la mujer» (Jn 4, 39).

Hemos dicho que las etapas y el orden son importantes. Primero está el encuentro. Jesús le pide ayuda, pero como su pregunta la deja perpleja, generándole, a su vez, el deseo de hacerle preguntas a Jesús, él responde de buena gana y, con ello, despierta en ella el deseo de saber más. La primera etapa de la evangelización en este modelo es, pues, despertar dicho deseo en quienes nos escuchan. Luego viene la fase que nos gustaría evitar: enfrentarnos a la herida y la debilidad de nuestro interlocutor, ya que nosotros también sabemos cuánto necesitamos de la misericordia de Dios. Sin embargo, según este modelo, es necesario hacer este paso, no para condenar, sino para que el encuentro sea más real y el deseo de ayuda más insistente. Solo entonces estamos llamados, según este modelo, a compartir lo que tenemos para enseñar. Y luego, finalmente, la persona evangelizada debe salir a compartir con otros lo que ha recibido. Este modelo de evangelización se concluye solamente con esta cuarta etapa, no con la catequesis.

Podríamos aumentar aún más la perspectiva de este texto del Evangelio si lo miramos de otra manera, utilizando la «mirada» de Jesús. Esta es una idea muy querida por Papa Francisco, la ha utilizado en muchos lugares, incluso al final del capítulo sobre la Teología de la Creación en *Laudato si'*. En primer lugar, la mirada de Jesús nos pone en relación con Dios Padre, para quien somos muy importantes, como lo atestigua esta frase del Evangelio de Mateo: «Fíjense en las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, no guardan alimentos en graneros, y sin embargo el Padre del Cielo, el Padre de ustedes, las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que las aves?» (Mt 6, 26). Con su primera pregunta, Jesús convierte a la solitaria mujer samaritana —que acude al pozo en ese momento para evitar a los demás— en una persona con quien vale la pena hablar y en alguien digna de confianza, al pedirle ayuda. Al ayudarla a recuperar el sentido de su propia importancia, le abre la posibilidad de que pueda ser realmente amada por Dios, su Padre. En segundo lugar, la mirada de Jesús valora el mundo cotidiano que nos rodea, reconociendo su belleza y su maravilla. Escuchándola, respondiendo a sus preguntas y guiándola gradualmente hacia una nueva comprensión, Jesús muestra que este encuentro ordinario y cotidiano con esta mujer común y frágil puede estar lleno de belleza y maravilla. En tercer lugar, en su mirada, Jesús abraza al mundo como su creación, pero a través de la Encarnación, también lo abraza como su Redentor. En su encuentro con esta mujer, Jesús la ve en su realidad plena y creada, con todos sus defectos, pero también le ofrece la Buena Nueva y la promesa de vida nueva que esta trae consigo. Por último, en su mirada, Jesús ve un mundo que va a entregar a su Padre al final de los tiempos, «para que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15,28). En su mirada hacia esta mujer, la llama a esperar con confianza y con el corazón abierto la plena manifestación del Reino de Dios.

Si reflexionamos sobre estas cuatro dimensiones de la mirada de Jesús, podemos notar que todas ellas nos llevan a relaciones nuevas o más profundas: una relación nueva o más profunda con Dios Padre, con el mundo cotidiano, con la creación y la redención, y con los nuevos cielos y la nueva tierra que un día vendrán.

Esta mirada «relacional» de Jesús es sumamente significativa, porque para «ver» las relaciones, tenemos que buscarlas. No «vemos» las relaciones por sí mismas, como vemos, por ejemplo, los objetos físicos, y sin embargo están realmente ahí. Son como el aire que respiramos: el aire también está realmente ahí, pero no lo vemos. Son como el virus que está realmente ahí, pero que no vemos a menos que contemos con la ayuda de un instrumento altamente especializado, como un microscopio electrónico. Estas cosas son invisibles para nosotros, y aún así son reales. La «mirada relacional» permite que se vean nuestras relaciones, que de otra manera permanecerían ocultas, lo cual es de importancia fundamental para la familia, ya que la realidad social humana —y la familia, en primer lugar— está compuesta por relaciones. En el mundo tan inestable en el que vivimos hoy, si queremos ayudar a los jóvenes a tener el valor de dar el paso hacia el matrimonio y dotarlos de la capacidad para hacer frente a las tensiones que encontrarán, necesitarán «ver» sus relaciones y pensar en su matrimonio y su vida familiar desde una perspectiva relacional. Esto no debería sorprendernos, dada la enorme importancia de la relación en la teología trinitaria y que en Génesis se nos dice que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios.

Familiaris Consortio y Amoris Laetitia

Papa Francisco menciona a la mujer samaritana cuatro veces en *Amoris Laetitia*. En *Familiaris consortio*, otra gran exhortación apostólica posconciliar sobre la familia, el papa Juan Pablo II no la menciona directamente, pero sí hace referencia a algunas partes del diálogo entre Jesús y ella (FC, 39). Cabe destacar que, en el Mensaje al que nos hemos referido al inicio, papa León presenta ambas exhortaciones como documentos que han «fortalecido el compromiso doctrinal y pastoral de la Iglesia al servicio de los jóvenes, las parejas casadas y las familias».

Una de las ideas que vincula ambos documentos es la de la «ley de gradualidad» propuesta por papa Juan Pablo II en *Familiaris consortio* y retomada por papa Francisco en *Amoris laetitia*: «San Juan Pablo II propuso la llamada “ley de gradualidad” con la conciencia de que el ser humano “conoce, ama y realiza el bien moral según diversas etapas de crecimiento” [FC, 34]. No es una “gradualidad de la ley”, sino una gradualidad en el ejercicio prudencial de los actos libres en sujetos que no están en condiciones sea de comprender, de valorar o de practicar plenamente las exigencias objetivas de la ley. Porque la ley es también don de Dios que indica el camino, don para todos sin excepción que se puede vivir con la fuerza de la gracia» (295). En ambos textos, pues, los dos Papas se preocupan por mantener el ideal de que «la ley [es] un don de Dios que indica el camino», así como por reconocer que muchos no son capaces de «comprender, valorar o practicar plenamente las exigencias objetivas de la ley». Treinta y cinco años separan a los dos documentos, durante los cuales la realidad de la vida familiar cristiana ha experimentado muchos cambios. Al igual que en otros casos, como en la doctrina social de la Iglesia, cuando las situaciones sociales son turbulentas y cambian rápidamente, puede ser necesario encontrar nuevas formas de conciliar tanto las «exigencias objetivas de la ley» (AL 295) como la «ley de gradualidad» (FC, 34) que muchos experimentan al tratar de cumplirla. Tanto *Familiaris consortio* como *Amoris Laetitia* intentan hacerlo en sus respectivos contextos históricos.

No olvidemos que santo Tomás de Aquino, y toda la tradición que se remonta a él, diría que la Ley de Dios alcanza su máxima expresión en la Nueva Ley, la Ley del Evangelio: la gracia de Jesús. En este sentido, el último capítulo de *Amoris Laetitia*, que se centra en la espiritualidad del matrimonio, «una espiritualidad de comunión sobrenatural», es muy significativo porque sitúa al matrimonio dentro de la llamada a la santidad, meta de toda vida cristiana.

Conclusión

Podemos concluir de donde comenzamos, con el llamado de papa León a que encontremos formas de «servir a la misión de proclamar el Evangelio de la familia a las generaciones más jóvenes».

Busquemos formas de animar a los jóvenes a asumir el gran desafío del matrimonio y la vida familiar, abrazándolo con plena conciencia de que experimentarán una gran fragilidad como parte del proceso de descubrir su belleza, y de que, en esa fragilidad, encontrarán fuentes nuevas e inesperadas de la gracia de Dios y experimentarán un deseo de santidad que les es propio.

Unámonos a Jesús para animarlos a asumir el desafío —tal como Jesús animó a la mujer samaritana— de proclamar el Evangelio a los demás, precisamente al reconocer su fragilidad, a fin de invitar a otros a unirse a ellos en la confianza en la gracia de Dios y en la experiencia del anhelo cristiano de santidad.

Y escuchemos el llamado que hemos escuchado del niño pequeño al principio, que nos recuerda que no debemos buscar a Dios en otra parte, sino que reconozcamos su presencia en nuestra vida familiar tan cotidiana y común.

Concluyamos con algunas preguntas que pueden ayudarnos a entrar en las reflexiones compartidas de los próximos días:

¿Dónde y cómo podemos reconocer que Dios ya está actuando en la vida de las familias?

¿Qué podemos aprender de las familias, en su belleza y en su fragilidad?

¿Cómo podemos anunciar el Evangelio no solo a las familias, sino también junto a ellas, animándolas a anunciar activamente el Evangelio de la familia?